



El pasado 26 de marzo toda la Unión Europea celebraba el 60 aniversario del Tratado de Roma, tratado por el que se crea la Comunidad Económica Europea y, lo que es aún más importante, en el que se sientan las bases fundacionales de lo que hoy es la Unión Europea.

Tan señalado aniversario debe llevarnos sin duda a celebrar nuestra historia común y los muchos beneficios de los que como europeos hemos disfrutado ciudadanos, empresas y trabajadores, pero también debe servirnos para afrontar con fuerza los nuevos retos que ahora se plantean de manera más acuciante que nunca y ser capaces de revitalizar el que creemos es un proyecto ganador.

Nuestras industrias son sin duda una parte esencial de esta historia, contribuyendo a lo largo de estos años a construir buena parte de la riqueza y el bienestar de nuestras sociedades. Europa es la cuna de la industria y siempre ha estado en la primera línea tanto de revoluciones industriales como de innovaciones tecnológicas. Para las industrias del metal es fundamental un mercado único capaz de combinar acertadamente los legítimos intereses económicos de sus operadores con una dimensión social justa, y que todo ello permita que personas, mercancías, servicios y capitales puedan libremente circular. El Mercado Único supone un único territorio sin fronteras interiores y sin barreras innecesarias.

De esta forma, y con una ya larga historia común a nuestras espaldas, tenemos cada vez más claro que las políticas europeas son las herramientas comunes de que disponemos para afrontar los retos a los que se enfrentan nuestras empresas. La globalización, la digitalización, los cambios demográficos y un cada vez mayor envejecimiento de la población en toda Europa o el cambio climático son sólo algunos ejemplos de ello.

Pero el reto es mucho mayor, debemos ser capaces de hacer que todos esos instrumentos de los que nos hemos dotado constituyan un auténtico acicate para que nuestras empresas crezcan y se internacionalicen en lugar de permitir que se ahoguen en un entorno en el que las barreras administrativas, la sobreregulación, una excesiva fiscalidad, el intrusismo y la competencia desleal, la escasez y coste de la financiación ajena, la escasez de cualificaciones profesionales, u otros aspectos tanto o más limitantes, acaben con la más mínima oportunidad de competir en igualdad de condiciones con empresas de terceros países.

Nosotros estamos firmemente convencidos de que la Industria debe seguir siendo el motor de la economía, su seña de identidad y su garantía de futuro. Para ello, Europa debe ser capaz de trabajar por la reindustrialización, no sólo por haberse marcado ya el reto sino porque se trata de una exigencia fundamental, la única garantía real de creación de empleo cualificado y estable y, especialmente en el caso concreto de España, la mejor arma contra el paro estructural y capaz de sostener una sociedad cada vez más envejecida.

Ahora bien, si apostamos por la reindustrialización europea debemos ser capaces de actuar en todos aquellos ámbitos fundamentales que condicionan el entorno de las empresas, revertir la situación actual y recuperar el nivel de participación industrial a la que las consideradas economías avanzadas debemos aspirar.

Europa necesita un nuevo enfoque integrado y tecnológicamente neutral en su política industrial, capaz de facilitar la transformación digital de su industria y la transición hacia una economía baja en carbono como pilar fundamental para el futuro de Europa. En definitiva, con el entorno adecuado, nuestras empresas son muy capaces de ofrecer soluciones a los retos tecnológicos, sociales, ambientales y económicos que se puedan plantear.

Por ello, cuando transcurridos estos 60 años de construcción común, la Comisión Europea publicaba el pasado 1 de marzo su Libro Blanco sobre el Futuro de Europa, nos gustaría ver

que en el nuevo debate abierto hay una oportunidad para revigorar el proyecto europeo en general y un proyecto industrial europeo en particular.

Y es que efectivamente, 60 años después de su fundación, la UE se enfrenta en el Libro Blanco a 5 posibles escenarios de futuro: seguir igual, centrarnos sólo en el mercado único, que los países que deseen hacer más hagan más, hacer menos pero de forma más eficiente, y hacer mucho más conjuntamente.

El Libro Blanco analiza de qué forma evolucionará Europa en el próximo decenio, desde la repercusión de las nuevas tecnologías en la sociedad y el empleo, a las dudas que suscita la globalización, los problemas en materia de seguridad y el ascenso de los populismos. Plantea la disyuntiva a la que nos enfrentamos: ser barridos por estas tendencias o asumirlas y aprovechar las nuevas oportunidades que traen consigo.

El peso demográfico y económico de Europa disminuye mientras otras partes del mundo crecen. En 2060, ninguno de nuestros Estados miembros representará ni siquiera el 1 % de la población mundial – una razón de peso que nos apremia a mantenernos unidos para conseguir más resultados. Europa es una fuerza positiva a nivel mundial; su prosperidad seguirá dependiendo de su apertura y la fortaleza de los vínculos con sus socios.

Pues bien, del debate que ahora se emprende se abrirá un interesante espacio para la reflexión y saldrán decisiones que esperemos nos lleven a un modelo aceptable y único para todos los europeos, pero que ante todo, y para variar, esperamos tenga muy en cuenta a la industria como eje central de las políticas europeas.

Industria y Unión Europea